

EL RELOJ DEL
FIN DEL MUNDO

ALFONSO FERRER



**A CINCO MINUTOS DEL
HOLOCAUSTO NUCLEAR**

Hubo una época, no hace demasiado tiempo, en la que las sociedades vivían angustiadas. Pesaba demasiado la losa del peligro nuclear. La denominada Guerra Fría mantuvo un sutil y casi imposible equilibrio entre las dos potencias mundiales implicadas. Finalmente predominó la razón, aunque se dieron algunos episodios que pusieron a la humanidad al borde de la catástrofe. Convendría saber cuáles fueron ya que el análisis de estas situaciones nos pondrá a salvo en el futuro. Porque, aunque la Guerra Fría terminó, parece que estamos viviendo un resurgimiento de la actividad terrorista que podría estar ligada, en cualquier momento, a las armas nucleares. No en vano, existe un reloj que acaba de colocarnos a cinco minutos del fin del mundo...

ERASE UNA VEZ, EN NUEVO MÉXICO....

16 de julio de 1945. Son las cinco de la madrugada. Localización: el campo de pruebas de White Sands, en el desértico suroeste de Estados Unidos. Numerosos oficiales y técnicos norteamericanos esperan

con suma expectación. Se encuentran a una prudente distancia de unos diez kilómetros del epicentro.

Los presentes serán testigos de un experimento sin precedentes en la historia de la humanidad.

Comienza la cuenta atrás. Todos se colocan unas gruesas gafas oscuras. Últimos segundos: 4, 3, 2, 1 y....

Un fogonazo cegador en el horizonte. Las montañas circundantes quedan iluminadas, súbitamente, con fulgores de color morado y blanco. Después, un temblor de tierra. Los rostros de los boquiabiertos militares percibirían una siniestra brisa caliente. El espectáculo era impresionante. Se alzaba, en la lejanía, una nube gigantesca. La lengua de fuego llegó a tocar el cielo. La onda expansiva se sintió a más de cien kilómetros de distancia. La denominada operación Trinity había logrado su objetivo: el Hombre acababa de detonar su primera bomba nuclear.

En aquellos momentos, la civilización acaba de pasar una página. Entrábamos, entre fuego artificiales, en la Era Atómica. Por fin, habíamos desarrollado la capacidad de auto aniquilarnos.

La sombra de la amenaza nuclear se ha proyectado hasta nuestros días, a pesar de que muchos lo consideran como algo del pasado. Cuando cayó el bloque soviético, a principios de los noventa, la humanidad pareció respirar de alivio. Sin embargo algunos informes recientes nos devuelven a una realidad pavorosa. Una realidad que habla de que, a pesar de todos los tratados de no proliferación de armas nucleares, los Estados Unidos de América y Rusia aún mantienen unas 26.000 cabezas nucleares; o de que los observadores contemplan un tráfico indiscriminado de uranio para fabricar bombas letales.

Todo esto está ocurriendo en un escenario internacional preocupantemente inestable, en el que las actitudes de algunos influyentes grupos religiosos se han radicalizado. Ya nada es lo que era. Cualquiera puede tener una bomba atómica. A pesar de que vivimos en una etapa de medidas seguridad sin comparación con cualquier otro periodo de la Historia, el ciudadano del mundo ya no está a salvo en ningún sitio.

Hoy, el peligro invisible del terrorismo internacional ha cambiado las reglas del juego. Los nuevos enemigos de Occidente no se limitan al campo de batalla. Pegarán donde más duele y con el mayor impacto posible. ¿Cuánto tardarán en disponer de un arma nuclear?

Se hace necesario, por tanto, plantearnos como hemos llegado a este punto de ebullición.

UN TERRIBLE VERANO

La operación Trinity se enmarcaba en el contexto de un ambicioso programa, desarrollado en los años cuarenta: el Proyecto Manhattan. El plan pretendía el desarrollo rápido de una bomba atómica y movilizó una cantidad de recursos sin precedentes en las administraciones norteamericanas. El programa empleó hasta 130.000 personas. El coste total fue de 2.000 millones de dólares (de la época). Algo colosal.

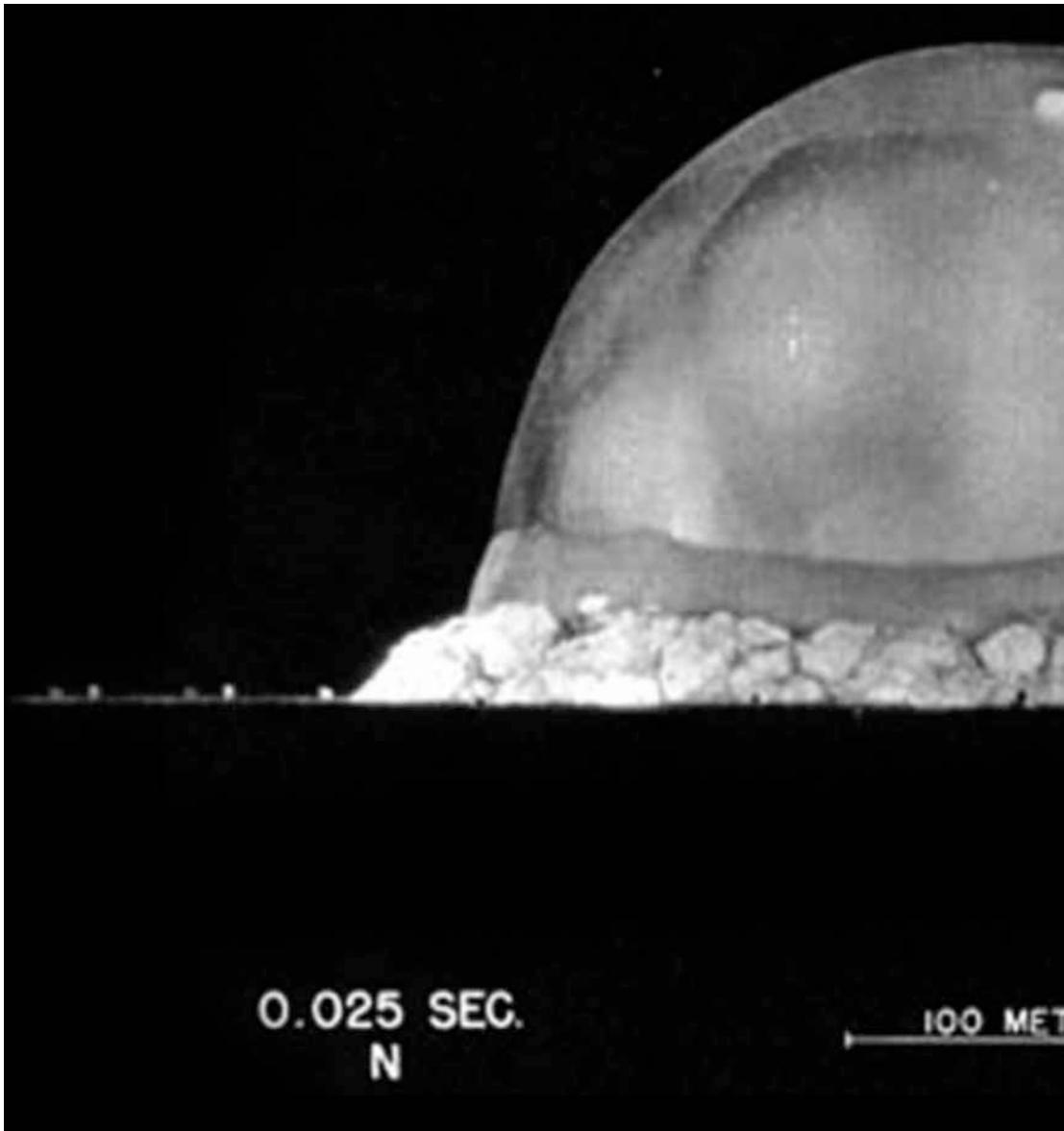
En los últimos momentos de la Segunda Guerra Mundial se respiraba un ambiente de paranoia en los despachos de la Inteligencia norteamericana. Desde 1939, algunos indicios apuntaban a que el Tercer Reich estaba ultimando su proyecto de construcción de una potente arma nuclear. Las noticias llegaban a través del físico danés Niels Bohr, quien se había reunido tiempo atrás, en Copenhague, con Werner Heisenberg, el científico que lideraría el proyecto alemán de la bomba atómica. De ser ciertos los rumores, los alemanes se convertirían en la primera (y única) potencia nuclear. El hecho de poseer semejante medio de destrucción hubiera decantado, indiscutiblemente, la balanza a favor de los nazis durante la guerra ¿Quién sabe por qué clase de régimen estaríamos gobernados en la actualidad si el plan nazi de la bomba atómica hubiera visto la luz?

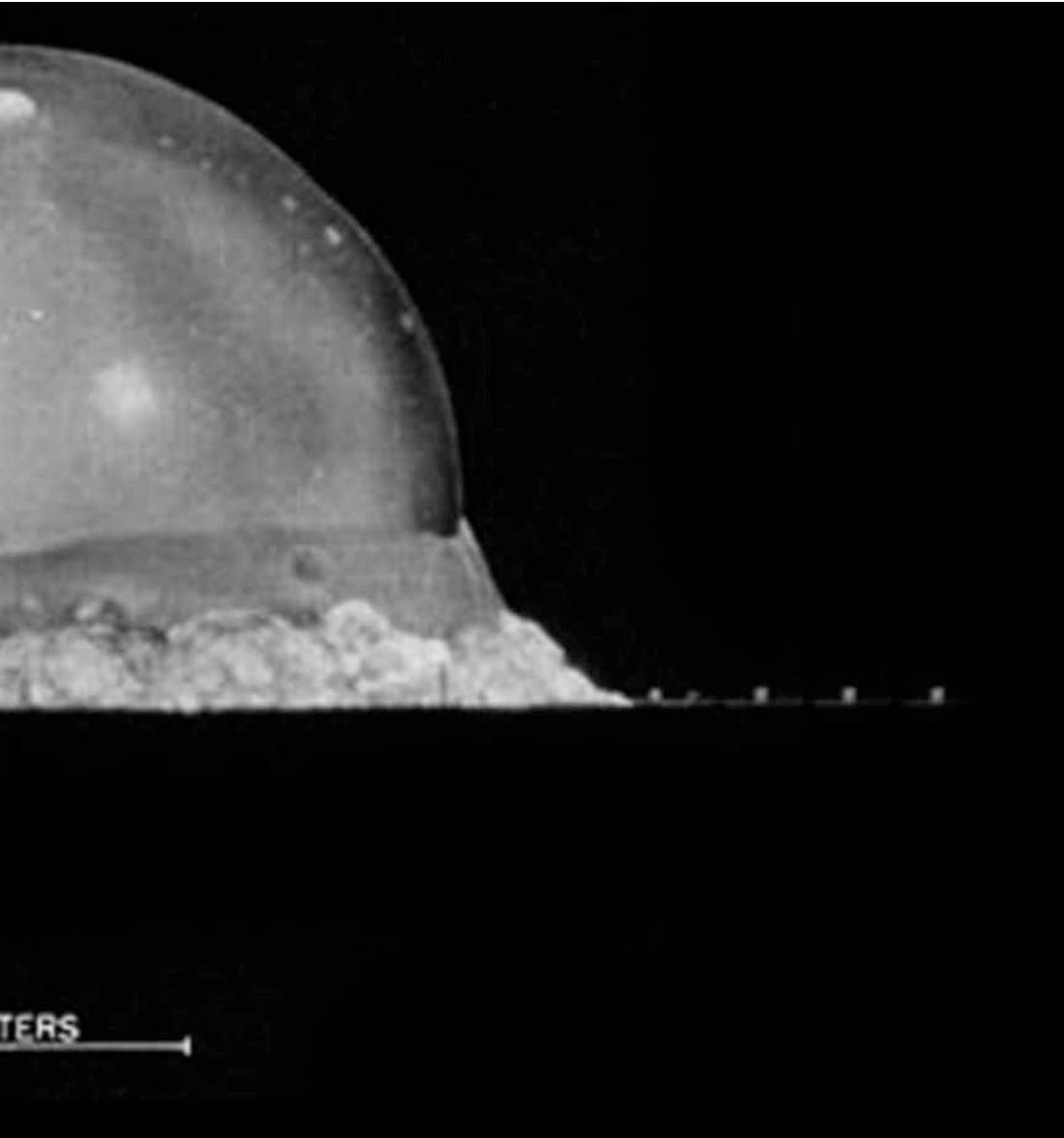
Ante la posibilidad de la bomba alemana, los americanos trabajaron a destajo y, así, lograron adelantarse, fabricando la primera arma nuclear de la Historia. Tras los buenos resultados que arrojaron los





Dispositivo nuclear (nombre clave *Gadget*) completamente ensamblado y listo para la prueba en la Operación Trinity.





Bola de fuego de la detonación de la Operación Trinity que tuvo lugar el 16 de julio de 1945.

experimentos en White Sands, pasaron a la siguiente fase: la detonación de un artefacto en un escenario de guerra real.

El siguiente episodio en esta oscura historia de escalada armamentística manchó de sangre y cenizas las páginas de la Historia. Supuso un punto de inflexión en la forma de resolver los conflictos bélicos por parte de los gobiernos. Por supuesto, también implicó el término de la Segunda Guerra Mundial, como si de un mazazo se tratara.

En 1945, la administración Truman, tenía la idea de que la guerra con Japón se estaba alargando demasiado. Se estaba convirtiendo en una contienda crecientemente impopular. A pesar de los éxitos de las tropas americanas en el Pacífico, estas encontraban una gran resistencia por parte de los valerosos soldados japoneses. No parecían rendirse nunca. Algunos episodios como el del asedio a la isla sagrada de Iwo Jima supusieron una auténtica sangría para los norteamericanos (también para los japoneses).

En cualquier caso, la guerra se resolvía para los americanos poco a poco. La suerte estaba echada, pero había una necesidad de acelerar el curso de los acontecimientos. Los analistas habían estimado unos cinco años para el fin de la guerra. Demasiado tiempo. No tardó en ponerse sobre la mesa del presidente Truman una terrible oferta: lanzar una bomba atómica sobre Japón.

Sería la ocasión perfecta para probar la nueva arma... y, de paso, de terminar de una vez con la guerra.

El plan era sencillo: en la base de la isla de Tinian, instalada en el Océano Pacífico, un bombardero B-29, esperaría a que llegara un día con buena visibilidad y condiciones meteorológicas favorables. Esa jornada, el Enola Gay, que así se llamaba el B-29, despegaría para soltar a Little Boy (una bomba similar a la de la prueba Trinity) sobre la ciudad japonesa de Hiroshima.

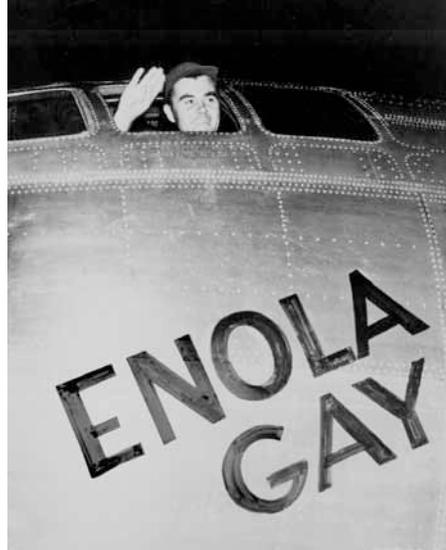
¿Un plan sencillo dije? Bueno... Los intentos de despegue, durante las pruebas, fueron un tanto aparatosos. Intentar levantar el vuelo, con el ingenio atómico, que pesaba más de 4 toneladas, fue una ardua tarea. De hecho, se malgastaron en ella hasta 4 gigantescos B-29, que terminaron siendo pasto de las llamas en las pistas de



La famosa bandera norteamericana izada sobre el monte Suribachi, en Iwo Jima. Algunos episodios bélicos como el asedio a esta isla supusieron un auténtico desgarró para los norteamericanos y los japoneses.



Harry S. Truman fue el trigésimo tercer Presidente de los Estados Unidos. Vicepresidente electo en 1945, pasó a ser presidente a la muerte de Franklin D. Roosevelt. Fue reelegido para un segundo mandato hasta 1953.



El coronel Paul Tibbets, a quien vemos saludando desde la cabina, tuvo la ocurrencia de vincular el nombre de su madre con Hiroshima. Así por lo menos llamó al avión que lanzaría la bomba atómica.

despegue. Finalmente, se subsanó el problema al optar por armar la bomba en pleno vuelo, a miles de metros de altura.

La misión, comandada por el coronel Paul Tibbets, se estuvo preparando durante, al menos, un año y tuvo un coste de varios miles de millones de dólares. La operación era sumamente secreta. Tan solo unas horas antes de subir al Enola Gay, Tibbets comentó a su tripulación que se embarcarían en la misión más importante de la Segunda Guerra Mundial; una misión en la que se emplearía una bomba con un poder equivalente al de 18.000 toneladas de dinamita. Según comentó algún oficial, cabía la posibilidad de que la explosión rompiera la corteza terrestre.

Tal era el grado de reserva de la operación que a cada uno de sus integrantes le fue asignada una pastilla de cianuro para que, en caso de ser capturados por los japoneses, estos no llegaran a conocer ningún detalle de la misión. La ingesta del veneno era preferible a enfrentarse a las terribles torturas inflingidas por sus enemigos. Una alternativa al cianuro sería volarse la tapa de los sesos con el arma reglamentaria.





La operación era sumamente secreta y solo unas horas antes de subir al Enola Gay, Tibbets comentó a su tripulación que se embarcarían en la misión más importante de la Segunda Guerra Mundial.

El Enola Gay despegó a las 2:45 de la madrugada del día 6 de agosto de 1945. A las 8:15 sobrevolaba Hiroshima. Las sirenas sonaron en la ciudad. Los transeúntes, acostumbrados a las pasadas constantes de los B-29, aparentemente inofensivos, ni se inmutaron. Aquella alarma ya formaba parte de su día a día. ¡Cuántas veces habían visto a los bombarderos violar, impunemente, sus cielos y nada había pasado!

La bomba cayó. Y ocurrió lo peor. La tripulación del bombardeo americano vislumbró una gran luminosidad en el suelo; un resplandor realmente cegador. El artillero de cola, Bob Caron, viajaba con su cámara de fotos. Su objetivo fue el testigo mudo de un acontecimiento trascendental. Las instantáneas dieron fe de una pesadilla. En palabras del propio Caron:

Aquí llega la forma de hongo de la que nos había hablado el capitán Parsons. Viene hacia aquí, es como una masa de melaza burbujeante. El hongo se extiende. Puede que tenga mil quinientos o quizá tres mil metros de altura y unos ochocientos de anchura. Crece más y más. Está casi a nuestro nivel y sigue ascendiendo. Es muy negro, pero muestra cierto tinte violáceo muy extraño. La base del hongo se parece a una densa niebla atravesada con un lanzallamas. La ciudad debe estar abajo de todo eso.

El balance de víctimas no pudo ser peor. Se calculan en unas 150.000 los muertos inmediatos. Todo lo que existía en un diámetro de unos 3 kilómetros cuadrados quedó carbonizado. En ese perímetro, muchas personas, simplemente se evaporaron.

A la hora, llegaría el siguiente episodio: la lluvia negra. Miles de restos calcinados cayeron lentamente sobre la ciudad en ruinas. La atmósfera estaba ionizada por la radioactividad, producto de la explosión. Como consecuencia de la lluvia radioactiva habrían perecido en Hiroshima, con el paso de los años, unas 60.000 personas.

Casi un cuarto de millón de víctimas mortales, en total, dejó una sola bomba. Existe todavía un debate en relación a los afectados por la explosión. Miles de personas resultaron gravemente enfermas o heridas y otras muchas fallecieron, años más tarde, al sufrir complicaciones de salud por las condiciones ambientales de Hiroshima.

Imagen poco conocida
del hongo de Hiroshima,
tomada desde el suelo.
El autor era Seizo Yamada
y se encontraba
a diez kilómetros
de la ciudad.



En fin, un auténtico horror. Imaginemos lo que tuvo que sufrir toda aquella gente. El acontecimiento tuvo lugar a una hora de incesante actividad en la ciudad. Los niños estaban entrando a los colegios, los adultos se dirigían a sus puestos de trabajo... No hubo ningún tipo de escrúpulos con la población civil. Estados Unidos se saltó a la torera acuerdos internacionales, como el de La Haya.

No debió bastar lo ocurrido en Hiroshima. Quizás, las fuerzas americanas no debieron de ser muy conscientes de lo que acababan de desatar porque lo cierto es que, tan solo tres días después, dejaron caer una nueva bomba sobre la también ciudad japonesa de Nagasaki. En esta ocasión fallecieron 80.000 seres humanos instantáneamente. Tremendo.

Al día siguiente del bombardeo de Hiroshima, hubo festejos en numerosas ciudades norteamericanas y la sensación por parte del presidente Truman y el *establishment* militar es la de que se había cumplido con el deber. Después de la misión, el presidente norteamericano pronunció estas palabras: “Si no aceptan ahora nuestras condiciones, deben esperar que, desde el cielo, les llegue la ruina más terrible que se haya contemplado en la Tierra”

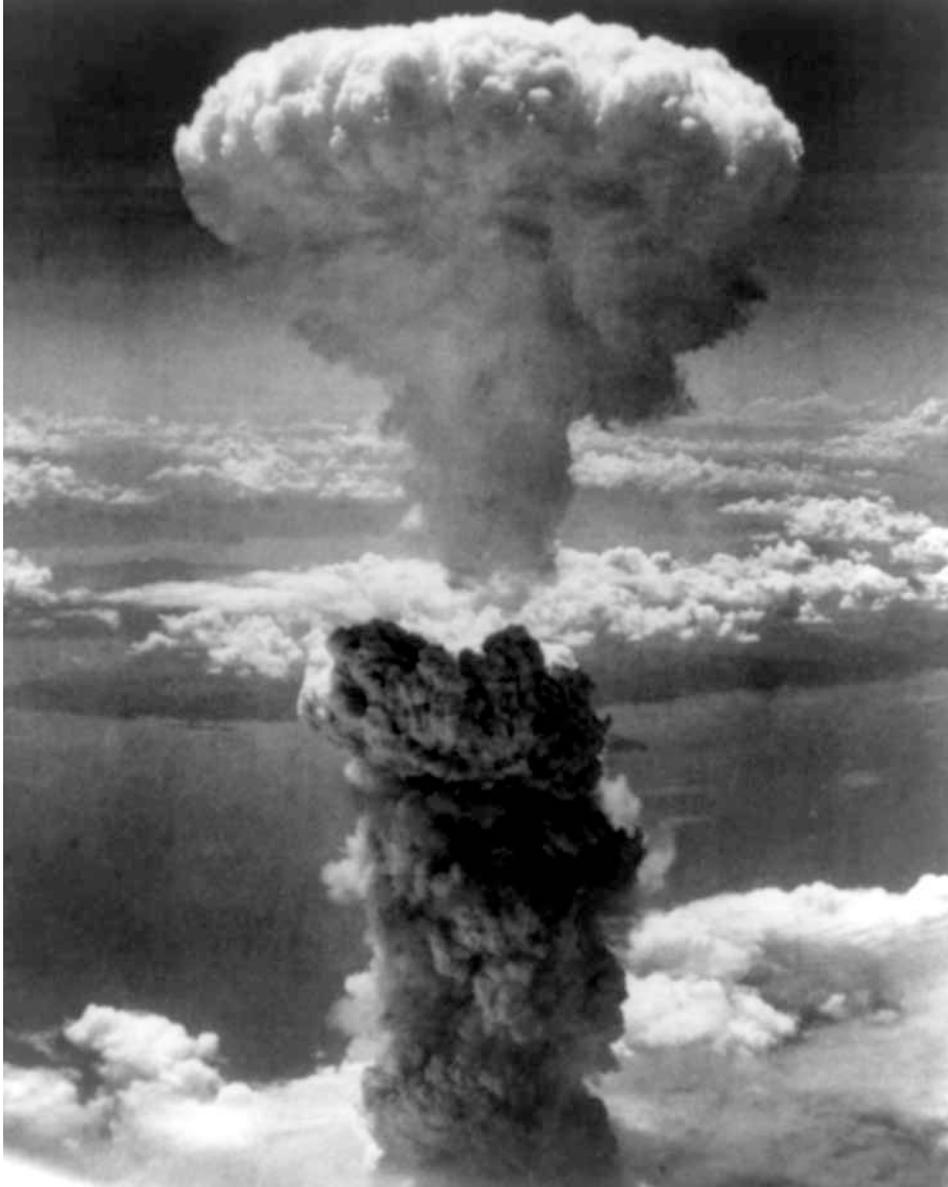


Todo quedó arrasado en un radio de dos kilómetros en Hiroshima.
Las estructuras del 90% de los edificios fueron dañadas.

¿Cómo se pudo llevar a cabo semejante barbarie? ¿Es que nadie era consciente de lo que se estaba llevando a cabo? Para Javier Alonso Plasencia, historiador y experto en geopolítica, “se era perfectamente consciente de lo que iba a pasar, si no, no se hubiese hecho. El objetivo era probar la bomba, experimentar sus efectos, crear una industria, ganar la guerra y lograr la supremacía mundial”.

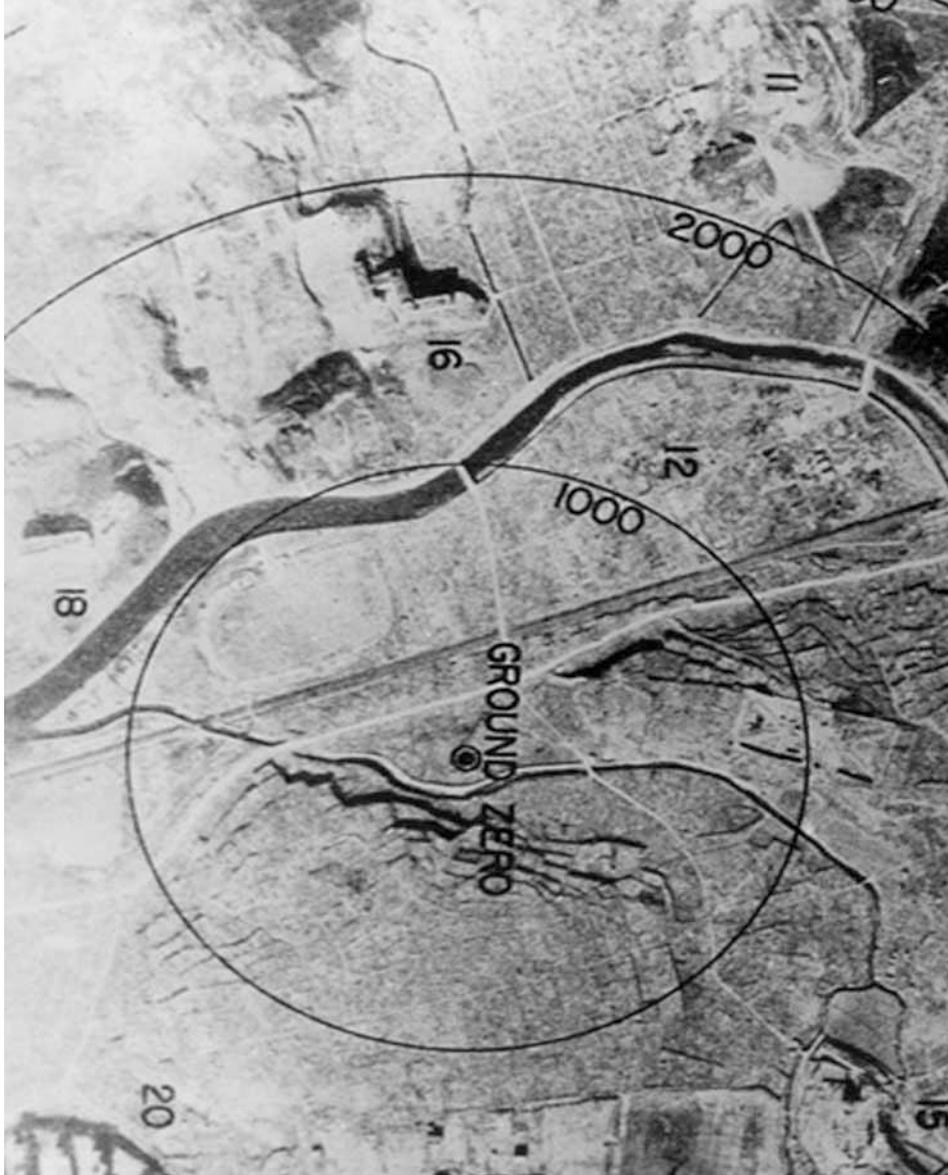
Después de Hiroshima, la larga sombra de la guerra nuclear ha estado presente en múltiples conflictos del siglo XX; “a partir de 1945 todos aquellos en los que estuviese implicado los EE.UU. y, posteriormente, el resto de potencias nucleares: Cuba, Vietnam, Corea, Irak, Afganistán, Oriente Medio y un largo etcétera. No podemos establecer un mayor riesgo para unos u otros. En cualquier fase del desarrollo de estos conflictos se contempló de un modo u otro el uso de la bomba atómica” comenta Alonso.

La profunda huella dejada en Japón, lejos de acercarnos a una reflexión serena sobre el monstruo que el ser humano acababa de concebir, supuso la señal de salida de una alocada escalada armamentística que se prolongaría durante seis décadas, hasta nuestros días.



El fantasmagórico hongo nuclear sobre la ciudad japonesa de Nagasaki.
Eran las 11 de la mañana del 9 de agosto de 1945.
Las víctimas mortales fueron 75.000.





Dramáticas imágenes que muestran a Nagasaki, antes y después de la bomba atómica.